

ras, divisaba el carruaje que corría en medio de la niebla ó á la luz del sol, llevando mi felicidad en el pensamiento se adelantaba al galope de los caballos se lanzaba al carruaje, y contemplaba á Julia desde la vista ni por el oído la distancia de los dos carruajes. Cuando yo cerraba los ojos para descansar mejor dentro de mí mismo, creía oír su respiración. Hoy mismo apenas puedo comprender cómo me bastaba imperio sobre mí para resistir, durante el viaje de ciento veinte leguas, al ímpetu interior que me precipitaba constantemente hacia aquel punto que me precipitaba constantemente hacia aquel punto, tras del cual corría sin querer alcanzarlo, y en el centro del mismo estaba encerrada toda mi vida, mientras que mi cuerpo hecho ya insensible á la nieve y á la lluvia, seguía conmovido de vaivén, de escarcha en escarcha, sin tener conciencia de sus propios sufrimientos. Pero el temblor causado á Julia una emoción inesperada que le pareció fatal, de renovar una escena de desesperación; la idea de velar, como una providencia celestial, con un desinterés angelical, sobre su seguridad, fortalecía mi ánimo en mi resolución.

## LXV

La primera vez paró ella en la gran fonda de Sens; yo en una posada del arrabal que estaba al otro lado. Antes de amanecer, los dos carruajes, una vez vista del otro, corrían otra vez sobre la extensa llanura ondulosa y blanca que marca el camino, á través de las llanuras parduscas y de los bosques de encina y de druídicas de la alta Borgofña. Nos detuvimos en la alta ciudad de Avallón; ella en el centro, yo en el extremo de las extremidades de la ciudad. El siguiente día corríamos hacia Sens. La nieve, amontonada por los vientos del norte alrededor de las elevadas llanuras de Lucy-le-Bois y de Vermaumont, caía en anchos copos medio derretidos sobre las montañas y sobre el camino, y ahogaba el ruido

de las ruedas. Distinguíase apenas el nebuloso horizonte á muy poca distancia, á través de esa polvareda de nieve que el viento levantaba en torbellinos sobre las campiñas vecinas. No podía apreciarse ni por la vista ni por el oído la distancia de los dos carruajes. De repente, delante de mí, y rozando con las espaldas de mis caballos, vi el coche de Julia detenido en medio del camino. El conductor, habiendo bajado de su asiento, estaba de pie sobre el estribo dando un grito de desesperación. Salté á tierra, volé á la parte trasera del carruaje por un impulso más fuerte que mi prudencia; me arrojé en el coche donde la doncella procuraba hacer volver en sí á su señora de un desmayo, causado por la fatiga y por el huracán, y una vez también por el estado de su alma. ¡Lo que me costó al sostener entre mis brazos aquella cabeza inerte en una hora de incompleta insensibilidad, cuando yo temiendo á la vez que ella oyera y recordara la voz que la llamaba á la vida; mientras que el conductor iba á buscar fuego y agua caliente á las chozas, y la doncella, teniendo sobre sus hombros los helados pies de su señora, los frotaba con sus manos y los oprimía contra su pecho para mantenerlos, nadie puede comprenderlo ni decirlo, á no ser que no haya sentido en su corazón la lucha entre la vida y de la muerte!

Al fin, estos tiernos cuidados, la impresión de las manos de agua caliente traídas por el doctor, la de sus manos sobre las tuyas, la de mi aliento sobre su frente, volvieron el calor á las extremidades. El calor que asomaba á sus mejillas y un largo suspiro que escapaba de sus labios me anunciaron que iba á volver de su desvanecimiento. Entonces me arrojé al carruaje al camino para no ser reconocido y abrí los ojos. Allí permanecí un momento al lado de las ruedas y un poco detrás con el rostro vuelto con la capa. Encargué á los criados el secreto de mi aparición y ellos me hicieron señas de que Julia volvía en sí. Yo oí su voz, que balbuceaba al despertar como de un sueño, estas palabras:—«¡Oh, Rafael estuviese aquí! ¡Cree que era Rafael!» Me

lancé en seguida á mi carruaje. Los caballos  
ron á marchar, y bien pronto nos separó una  
distancia. Por la noche fuí á la posada donde  
ella parado en Sens para informarme del estado  
su salud. El conductor me aseguró que dormía  
quilamente.

## LXVI

Continué siguiendo sus pasos hasta Fossard  
da de postas cerca de la pequeña ciudad de  
reau. En este sitio el camino de Sens á  
divide, pasando un brazo por Fontainebleau  
otro por Melun. Este último, siendo algunos  
más cortas, fué el que yo tomé para adelantar  
Julia al llegar á París y verla bajar del carruaje  
puerta de su casa. Hice marchar un carruaje  
correr, y llegué mucho antes de anochecer á  
en que tenía costumbre de alojarme en París.  
da la noche, fuí á colocarme sobre uno de los  
cones de París enfrente de esa casa de Julia.  
tantas veces ella me había descrito. La casa  
como si hubiera pasado en ella toda mi vida.  
su interior, á través de los vidrios, ese movimiento  
de sombras que van y vienen en una casa que  
espera á un huésped de importancia. Distinguí  
habitación y en el techo el reflejo del fuego  
dido en la chimenea. El rostro de un anciano  
acercó muchas veces á una ventana parecien-  
rrogar el más ligero ruido. Este era su ma-  
padre. Los porteros tenían la puerta abierta  
adelantaban de tiempo en tiempo fuera del carruaje  
para escuchar también. Un reverbero, agitado  
el viento tempestuoso de Diciembre, despedía  
raba sucesivamente una luz rápida y tibiana  
suelo y delante de la puerta. Por fin, una  
posta desembocó rápidamente de una de las  
y fué á detenerse bajo las ventanas de la casa  
hacia allí; me oculté en la sombra de una co-

una puerta que está al lado de la en que se había  
ido el carruaje. Vi á los criados precipitarse á  
terrecilla; á Julia bajar en brazos del anciano,  
ella abrazó como un padre abraza á su hijo des-  
de una larga ausencia; él volvió á subir penosa-  
te la escalera, sostenido por el portero. El coche  
desocupado. El postillón le llevó á la cochera,  
estaba en otra calle, y la puerta se cerro. Yo  
á colocarme sobre el malecón de la ribera.

## LXVII

Desde aquel sitio contemplé por mucho tiempo  
tantas iluminadas de la casa de Julia. Procura-  
entrever lo que pasaba en el interior. Notaba  
movimiento de gentes que llevan las maletas,  
desahacen los paquetes, que arreglan los mue-  
la llegada de un huésped. Cuando este movi-  
hubo cesado y las luces dejaron de discurrir  
habitación á otra, iluminándose la habita-  
del anciano en el piso principal con la débil luz  
una lamparilla, distinguí á través de los vidrios  
suelo que estaba debajo el talle esbelto y  
de Julia, que se dibujaba en el claro obscuro,  
sobre las blancas cortinas. Permanecí algún  
tiempo en esta actitud; después ví que abría la ven-  
a pesar del frío, mirar un momento al Sena del  
en que yo estaba, como si su mirada hubiese  
detenida sobre mí por una revelación sobre-  
del amor; luego volverse y mirar por un largo  
tiempo del lado del norte una estrella que  
nos costumbre de contemplar juntos, y que  
habíamos prometido mirar durante la ausencia,  
para dar un punto de reunión á nuestras  
en la inaccesible soledad del firmamento. Yo  
esta mirada como hubiera sentido un ascua  
cayera sobre mi corazón. Comprendí que nues-  
almas estaban unidas por el mismo pensamiento.  
Mis resoluciones se hundieron.

Me adelanté para llegar á su ventana y el grito que le hiciera reconocer á su hermana. En el mismo momento cerró ella la ventana. El ruido de los coches ahogó mi grito. El entresuelo desapareció, y yo quedé inmóvil en la puerta de su casa. El reloj de un edificio próximo á mí sonó las doce. Me aproximé á la puerta convulsivamente sin atreverse á llamar. Ante el umbral, rogué á la piedra que me conducía al bien supremo que acababa de conducir á sus muros, y abandoné aquel lugar.

## LXVIII

Sali de París al siguiente día. sin haber conocido á ninguno de los amigos que allí tenía entonces. Yo interiormente por no haber dicho una sola palabra, y de no haber dirigido una sola mirada, de haber dado un solo paso que no fuese por ella. El mundo no existía para mí. Antes de partir me dio la estafeta una carta fechada en París y dirigida á Julia, quien debía recibirla al despertarse. La carta no contenía más que estas palabras:—«Os amo. He velado acompañándoos sin ser visto. No he podido abandonaros sin dejaros en manos de los cuidados de los que os aman. Ayer, una noche, cuando abristeis la ventana y subí á mirar la estrella, estaba yo al lado vuestro. ¿Podráis haber oído mi voz. ¿Cuándo leáis esta carta estaré ya muy distante de aquí...»

## LXIX

Durante la noche con tal confusión de ideas que sentí ni el frío, ni el hambre, ni la distancia. Me acordé á M\*\*\* como si hubiese salido de un sueño profundo sin recordar mi viaje de París. Encontré á

M\*\*\* que me esperaba en la pequeña casa de mi padre. Su presencia fué un consuelo para mí. Podía al menos hablarle de aquella á quien yo admiraba tanto como yo. Nos acostábamos en el mismo cuarto, y una parte de la noche la pasábamos hablando de aquella divina aparición, que nos había iluminado. El la consideraba como una de esas visiones fantásticas, como una de esas mujeres más grandes que la naturaleza, tales como la Beatriz del Dante, Eleonora de Tasso, Laura del Petrarca ó la Estrella Colonna, poeta, amante, heroína á la vez; y yo me acordaba de las mujeres que atraviesan la tierra casi sin tocarla y sin permanecer en ella, solamente para fascinar las miradas de algunos hombres privilegiados por el amor, para elevar sus almas á la inspiración, y para ser el instrumento de las imaginaciones privilegiadas.

## LXX

M\*\*\* no se atrevía á elevar su amor tan alto como yo. Su entusiasmo. Su corazón tierno, débil, y lacerado por el tiempo, estaba enteramente ocupado con la imagen de una pobre huérfana. Su felicidad entera consistió en llevarla al altar, para vivir en la paz y en la paz en una casita al lado de Chambray. La falta de medios de los dos pobres amantes le impedía en los límites de su triste y tierna amistad, temiendo llevar en la indigencia el nombre de su familia y legar la miseria á sus hijos. La joven murió algunos años después de desesperación y de dolor. Es una de las más delicadas criaturas que he visto extinguirse por falta de algunos rayos de sol. Su rostro, notable por una floreciente juventud igualmente próxima á extinguirse ó á desaparecer, era la más sublime garantía de esa virtud que se llama resignación. Llegó á verme la vista á fuerza de llorar en secreto durante algunos años de esperanza é incertidumbre. La vi una vez volviendo de Italia. Una de sus

hermanas pequeñas la conducía de la mano por las calles de Chambery. Al oír mi voz palideció, y me á tientas un apoyo á su mano ciega.—«Pero me dijo; pero cuando yo escuchaba esa voz en el tiempo, oía otra al mismo tiempo...» ¡Pobre! hoy escucha en el cielo la voz de su amigo.

## LXXI

¡Qué largos se me hicieron los dos meses que fué preciso pasar lejos de ella en el campo, en ciudad, en casa de mi padre, esperando llegar á la época en que debía reunirme con Julia en París. Había agotado en los tres ó cuatro meses que me quedaban de pasar la pensión que me daba mi padre, los secretos recursos de la ternura de mi madre, los socorros de mis amigos, para pagar las deudas que me habían hecho contraer. No tenía medio alguno de procurarme la cantidad necesaria para ir á París y para vivir allí aun en la escasez mayor. Era preciso esperar hasta el mes de Enero, época en que debía percibir un tercio de la pensión de mi padre, y en que también recibía tan rico como severo y unas buenas tías tenían la costumbre de hacerme algunos regalos. Con todos estos recursos esperaba poder reunir una suma de seiscientos ú ochocientos francos que me permitiera para poder vivir en París unos cuantos meses. Pero medianía no me sería costosa á mi vanidad en adelante, puesto que mi vida se cifraba en el amor. ¡Todas las riquezas del mundo no me hubieran servido para otra cosa que para comprar el momento que ansiaba pasar á su lado.

Los días que tuve precisión de esperar estaban exclusivamente ocupados con su imagen. Nuestros corazones consagrados mutuamente todas las horas del día. Por la mañana, apenas se levantaba, me escribía para se para escribirme. En el mismo momento me escribía también. Nuestra correspondencia con

mis pensamientos se cruzaban todos los correos, en el camino se interrogaban, se respondían, se contestaban sin interrumpirse un solo día. Realmente no había entre nosotros sino algunas horas de ausencia; las de la tarde y las de la noche. Y aun estas horas las llenaba con su contemplación. Me rodeaba de sus cartas; las abría sobre la mesa; las sembraba sobre mi lecho; las aprendía de memoria; me recitaba yo mismo los pasajes más tiernos y más apasionados, procurando imitar su voz, sus ademanes, su mirada. Yo la respondía, y llegaba á crear una ilusión tal de la realidad de su presencia, que me impacientaba cuando venían á interrumpirme para comer ó para recibir alguna visita. Figurábaseme que venían á arrebatármela, y arrojarla fuera de mi habitación. En mis largas excursiones sobre las montañas ó sobre las nebulosas praderas sin horizonte que bordean el río, tomaba su carta que había recibido por la mañana. Me sentaba repetidas veces sobre las rocas, á la orilla del agua, ó sobre los árboles, para volverla á leer. Cada vez que repetía su escritura, parecíame descubrir en ella una palabra ó un acento que había pasado desapercibido. Siempre dirigía maquinalmente mis excursiones por el lado del norte, como si cada paso que daba hacia París me hubiese llevado á ella y disminuído en otro tanto la distancia cruel que nos separaba. A veces caminaba largo trecho sobre el camino de París con la única intención. Cuando era preciso volverme, caminaba conmigo mismo largo tiempo. Cuando me quedaba triste, me volvía muchas veces hacia el punto del horizonte en que ella respiraba. ¡Oh, cuánto me volaban las alas de los cuervos cubiertas de nieve, cuánto me hacían el daño hacia el norte á través de la niebla! Me hacían los carruajes que veía pasar sobre el camino y corriendo hacia París! ¡Cuántos días de mi inútil juventud no hubiera yo cedido por verme en el sitio de esos ancianos desocupados, que miraban con una fría indiferencia por los vidrios de la ventanilla al joven solitario que marchaba en sentido inverso á la orilla del camino! ¡Cuán largos

se me hacían los cortos días de Diciembre y Enero. Para mí no había más que una hora feliz entre esas cartas: aquella en que oía desde mi habitación los pasos del cartero que distribuía las cartas á la puerta de las casas. Desde que le sentía abría la ventana. Veíale llegar de lo último de la calle; con las manos llenas de cartas que entregaba á los criados; esperando delante de cada casa el importe del correo. Cuantas veces maldije la lentitud de las buenas mujeres que no concluían de contar el dinero sobre su mesa. Antes de que el cartero llamase á la puerta de la casa de mi padre, había yo salvado la escalera y atravesado el zaguán, presentándome en el umbral de la puerta. En tanto que el anciano cartero recibía su paquete de cartas, yo procuraba descubrir la cubierta de fino papel de Holanda, y la elegante letra inglesa, que me revelaban mi tesoro. Entre todos aquellos papeles ásperos y aquellos sobrescritos de cartas del comercio ó de cartas indiferentes. Me apoderaba de ella temblando. Los ojos se cubrían de una nube, mi corazón latía con violencia, y las piernas temblaban bajo el peso de mi cuerpo. Ocultaba la carta en el pecho, temiendo encontrar á alguien en la escalera, y que una correspondencia tan frecuente pareciese sospechosa á mi madre. Entonces me ocultaba en mi habitación. Corría el cerrojo por dentro, para devorar á mi placer aquellas páginas sin ser interrumpido. ¡Qué lágrimas, de besos, sobre aquellos escritos! Cuando pasados algunos años he vuelto á hojear el volumen de cartas, ¡cuántas palabras borradas de mis labios faltaban para el sentido de las frases, y mis lágrimas habían hecho desaparecer!

## LXXIII

Después de tomar chocolate, volví á subir á mi habitación para leer por segunda vez mi carta, para contestar á ella. Aquellas eran las más

y las más febriles horas de mis días. Tomaba cuatro pliegos del más ancho y más fino papel de Holanda, que Julia me había enviado de París para ese objeto, y cuyas páginas empezaban muy alto y concluían muy bajo, escrito sobre las márgenes, vuelto á escribir en distinto sentido sobre los renglones, y conteniendo millares de palabras. Todas las mañanas los llenaba, y los llenaba demasiado pronto, hallándolos escasos para el desbordamiento emocionado y tumultuoso de mis pensamientos. En esas cartas no había ni principio ni fin, ni medio, ni gramática, ni nada de lo que se entiende generalmente por estilo. Era mi alma entera ante otra alma, expresando, ó más bien balbuceando como podía, aquellas tumultuosas sensaciones de que se hallaba llena, por el favor del lenguaje insuficiente de los hombres: el lenguaje no ha sido formado para expresar lo que es inefable; signos imperfectos, palabras vacías, frases insulsas, lengua de hielo, que la plenitud, la concentración y el fuego de nuestra alma hacía funcionar como un metal refractario para formar de ellos una lengua vaga, etérea, ardiente, acariciadora como las lenguas de las llamas, sin sentido para los demás, y que nosotros solos entendíamos porque era nuestra representación. Nunca esta efusión de mi alma se detuvo ni se aminoró. ¡Si el firmamento no me hubiese sido más que una página, y Dios me hubiese permitido que la llenase con mi amor, está página hubiera podido contener todo cuanto yo sentía dentro de mí! Nunca me detenía sino cuando los pliegos estaban llenos, y siempre me parecía haber dicho nada, y es que, en efecto, nada había dicho; porque ¿quién ha podido jamás contar el

## LXXIV

estas cartas en las que para nada entraba la mezquindad ni la pretensión del talento, y que no eran una simple declaración de un sentimiento, me hubieran, sin embar-

go, servido de mucho más adelante, si Dios me diese llamado á hablar á los hombres ó á describir las tintas, las debilidades ó los arrebatos de las pasiones del alma en las obras de imaginación. de decir que sin saberlo luchaba desesperado como Jacob con el ángel; contra la pobreza, la indez y la inflexibilidad de la lengua, de que me obligado á servirme por ignorar el lenguaje del cielo, los esfuerzos sobrenaturales que hacía para vencer, purificar, extender, doblegar, espiritualizar, colorear, enervar ó debilitar las expresiones; la necesidad de expresar con palabras las más íntimas los más imperceptibles matices del sentimiento, aspiraciones más etéreas del alma, los impulsos irresistibles y la pureza más contenida de la palabra en fin, hasta las miradas, la actitud, los suspiros, los silencios, el enternecimiento, las alucinaciones del corazón en la adoración del invisible objeto de su amor; estos esfuerzos que deshacían la palabra bajo mis dedos como un instrumento rebelde, que hacían, sin embargo, encontrar alguna vez, y no dejar de romperse, la palabra, el giro, el grito buscaba para dar una voz al imposible. Entonces me había expresado en ninguna lengua; pero cuando arrojado el grito de mi corazón, y era entonces cuando me levantaba de la silla después de un agitado y delicioso combate contra las palabras, la pluma y el papel, me acuerdo que, á pesar de la humedad de mi habitación es invierno, un sudor helado corría por mi frente, y abría la ventana para refrescar y enjugar mi frente.

## LXXV

No eran, sin embargo, estas cartas solamente gritos del amor, sino que la mayor parte de ellas eran invocaciones, contemplaciones, sueños porvenir, perspectivas del cielo, consuelos, consuelos; contemplaciones, en fin.

Este amor, privado por su naturaleza de todas las sensaciones voluptuosas que debilitan el corazón satisfaciendo los sentidos, había vuelto á abrir en mí los manantiales de la piedad, enturbiados ó desacados por los goces impuros. Este sentimiento se elevaba en mi alma en la altura y á la pureza del amor divino. Me esforzaba en elevar conmigo hasta el cielo, sobre las alas de mi imaginación exaltada y casi mística, esa segunda alma paciente y agostada. Hablaba de Dios, único sér bastante perfecto para haber creado esa perfección sobrehumana de belleza, de genio y de ternura; sólo El bastante grande para contener la inmensidad de nuestras aspiraciones. El sólo bastante infinito é inagotable para absorber y para abismar en el hogar de su seno el amor que había infundido en nosotros para que su llama al consumirnos uno por otro nos hiciese exhalar juntamente en El nuestros suspiros! Yo consolaba á Julia de los sacrificios de una felicidad más completa de este mundo que el deber nos imponía. Hacía valer el mérito de estos sacrificios de un momento á los ojos del Eterno, remunerador de nuestras acciones. Bendecía la pureza y el desinterés de nuestros sentimientos que debían proporcionar-nos un día de felicidad más inmaterial y más pura en la atmósfera eterna de los espíritus celestiales. Llegaba hasta llamarme dichoso y á cantar himnos á la resignación á que estábamos condenados por el mismo amor, pero por un amor más grande. Inducía á Julia á que no se ocupase de mis penas y á que ella misma no las tuviese. Le demostraba un valor, un desprecio hacia los goces terrenos, que muchas veces yo no tenía sino en las palabras. Le hacía el holocausto de todo cuanto había de humano en mí, elevándome á la inmaterialidad de los ángeles porque no entreviese un dolor ó una queja en mi adoración. Yo la suplicaba que buscase en una religión eterna y próspera, á la sombra de las iglesias, en la misteriosa del Crucificado, en ese Dios de las lágrimas, en la oración, las esperanzas infinitas, los consuelos y las dulzuras que yo mismo había gustado

en mi infancia. Ella me había despertado el sentimiento de la piedad. Para ella únicamente redactaba esas fervientes y tranquilas oraciones que subían al cielo como una llama que ningún viento hace oscilar. ¡La encargaba que se ejercitase en estas oraciones á ciertas horas del día y de la noche, en que yo mismo las pronunciaría para que nuestros pensamientos, unidos por las mismas palabras, se elevasen juntos á una misma hora; en una misma invocación!... Y además las regaba con mis lágrimas, que dejaban sus huellas sobre las palabras más elocuentes y más edificantes sin duda que las palabras mismas. Después me llegaba furtivamente a poner en el correo esta médula de mis huesos. A la vuelta me encontraba aliviado, como si allí hubiese dejado una parte del peso que agobiaba mi espíritu.

## LXXVI

Por gigantescos que fuesen mis esfuerzos, la perpetua tensión de mi imaginación, joven y ardiente para inflamar mis cartas con el fuego que me consumía, para crear un lenguaje á mis suspiros, y para hacer cruzar á mi alma entera sobre el papel la distancia que me separaba de la suya; en este combate contra la impotencia de las expresiones, me hallaba siempre vencido por Julia. Sus cartas tenían fuerza en una sola frase, que las mías en sus ocho páginas; se aspiraba su soplo en sus palabras. Leíanse sus miradas en aquellas líneas; sentíase en sus expresiones el calor de los labios que las habían dejado escapar. Nada se evaporaba en esta lenta y difícil transición del sentimiento á la palabra que dejaba enfriar y palidecer la lava del corazón bajo la pluma del hombre. La mujer no tiene estilo, y he aquí porque todo lo expresa tan bien. El estilo es un traje, y el alma está desnuda en la boca ó bajo la pluma de la mujer. Cual la Venus de la palabra, nace del sentimiento en toda su desnudez. Nace de

así, se admira de haber nacido, y se la adora cuando aun no ha pronunciado una palabra.

## LXXVII

¡Qué cartas, qué llama, qué días, qué tintas, qué pensamientos, qué fuego y qué pureza reunidos como los diamantes y la limpieza en el diamante, como el ardor y el pudor sobre la frente de la joven amante! ¡Qué fantástica fortaleza, qué expansión infinita, qué gritos y qué gritos tristes como las notas inesperadas al fin de una melodía! ¡Y qué caricias de palabras, que se sentían pasar sobre la frente, como el viento de la madre sopla jugueteando sobre la frente del niño que la sonrío! ¡Y qué voluptuosos meciombros de palabras á media voz, y de frases balbuciantes, que parecen envolveros en sus rayos de aromas, de perfumes, de tranquilidad, y conducen insensiblemente, por el desvanecimiento de las palabras, al reposo del amor, al sueño del alma, al beso sobre la página que dice:—«Adios!»

## LXXVIII

He encontrado todas estas cartas. He ojeado por página toda esta correspondencia clasificada y guardada después de la muerte por la mano de una piadosa amistad; cada carta con su testación, desde el primer billete hasta la última carta escrita por una mano herida de muerte, pero el amor sostenía aún. ¡Las he vuelto á leer, y he quemado llorando, encerrándome como para cometer un crimen, y disputando cien veces á las páginas la página medio consumida para leerla... ¿Y por qué? me preguntará el lector. ¡Las quemado porque aun su ceniza hubiera sido de provecho ardiente para la tierra, y la entregué á los brazos del cielo!...

## LXXIX

Ha llegado al fin el día en que puedo contar las horas que me separan de Julia. Todos los recursos que yo pude reunir no llegaban á cubrir una suma suficiente para vivir tres ó cuatro meses en París. Mi madre, que veía mi angustia y saber su verdadera causa, sacó del último estuche de joyas agotadas ya por la ternura un grueso diamante, montado en una sortija. ¡Ella me dio un jay! que le quedaba de las alhajas de su juventud. Ella le deslizó secretamente en mis manos, y me mandó lágrimas.—«Yo sufro tanto como tú, me dijo tristemente, al ver tu juventud perdida sumirse en la ociosidad de una miserable ciudad en los sueños de los campos. Siempre había en mí la esperanza de que los dones de Dios, que me bendecido en tí desde tu primera infancia, te sobresalir en el mundo, y te abrirían alguna puerta brillante y honrosa. La pobreza con que luchamos no nos permite proporcionártela por nosotros. Dios no lo ha querido hasta ahora. Fue necesario someterse con resignación á su voluntad, que siempre es buena. Sin embargo, te veo con dolor en este estado de languidez mortal, que sucede á los esfuerzos infructuosos. Tentemos por última vez el camino. Parte, puesto que el suelo de este país te niega los pies. Permanece algún tiempo en París, y abre con decoro y dignidad á las puertas de los amigos de la familia que hoy están en auge. Procura conocer las pocas facultades que la naturaleza te ha concedido. Es imposible que los talentos del nuevo gobierno no procuren asociarse á los talentos capaces de sostener con el tiempo, y honrar el nombre de los príncipes que Dios nos ha devuelto. Tu pobre padre tiene bastante que hacer con la educación de seis hijos, y con no desmerecer de su deber en la estrechez de nuestra vida aislada.

Los demás parientes son buenos; pero no quieren comprender que es necesario aire para que respire, y que la acción suficiente á la devoradora actividad de una vida de veinte años! Ahí tienes mi última joya; que te prometido á mi madre no separarme de ella en una extrema necesidad. Toma, y véndela en París que puedas vivir en París algunas semanas. ¡Es la última prenda de ternura que juego por el azar de la Providencia! Ella te traerá la felicidad, porque con ese anillo te acompañan todas mis esperanzas, todo mi cariño y todas mis ternuras.» Yo tomé el anillo, besando la mano de mi madre, y dejando caer una lágrima sobre el diamante. ¡Ay! que me sirvió no para buscar y obtener el favor de los señores poderosos y de los príncipes, para quienes yo me desahucé mi obscuridad, sino para vivir algunos meses en la vida del corazón, en la que un solo día equivale á siglos de grandeza. Este sagrado diamante fué para mí la perla de Cleopatra, fundida en la arena de mi vida, y que me proveyó algún tiempo de felicidad y de amor.

## LXXX

Sin embargo de todo esto, cambié enteramente de vida en este momento, por respeto á los sacrificios repetidos de mi pobre madre, y por la concentración de todos mis pensamientos en uno solo: volver á la que amaba, y prolongar el más tiempo posible por medio de la más estricta economía los días contados que había de pasar al lado de Julia. Yo me hice pensador y avaro como un viejo del poco que me quedaba con que contaba. Me parecía que cada pedacito de cantidad que gastaba era una hora de mi felicidad que se perdía. Resolví vivir como Juan Jacobo Rousseau, con nada, ó con casi nada, y descartar mi vanidad, mis vestidos, mi alimento, de todo cuanto debía consagrar á mi fin más santo de mi alma. Sin embargo, tenía yo



una esperanza confusa de sacar, á favor de mi algún partido de mi talento; este talento conocido de algunos amigos por algunas En los tres meses que acababan de pasar crito, en las horas de insomnio, un pequeño men de poesías amorosas, sentimentales, según que mi imaginación prorrumplía en tiernas ó en notas graves. Había puesto en con mucho cuidado, y en una elegante pequeña colcción, una parte de la cual había á mi padre, juez excelente, aunque de un severo. Algunos amigos conservaban en su algunos fragmentos. Mandé encuadernar mi poético con una cubierta verde, color de agüero para el que espera.

Siempre procuré ocultarlo á los ojos de mi cuya casta y piadosa pureza de espíritu se alarmado del voluptuoso sentimiento, más que cristiano, de algunas de estas elegías. Es que la gracia sencilla y el entusiasmo de estas seducirían á algún editor inteligente que con mi obra, ó que al menos consentiría en imp por su cuenta, y que el gusto del público, se por la novedad de estilo nacido en los cam daría á la vez un nombre y una pequeña fort

## LXXXI

No hube de molestarme para encontrar en una habitación. Uno de mis amigos, el joven de V\*\*\*, vuelto hacia poco de sus viajes, debí allí el invierno y la primavera. Me había oferta de partir conmigo un pequeño entresue ocupaba encima de la habitación del portero magnífica fonda del mariscal de Richelieu, calle nueva de San Agustín, casa demolida de El conde de V\*\*\*, con quien yo estaba en c pondencia casi diaria, se hallaba informado de Le había dado una carta de presentación para

que conociese al alma de mi alma, y para que comprendiese, si no mi delirio, al menos mi adora- por aquella mujer. Con efecto, desde la primer revista había comprendido y participado de su entusiasmo. Las cartas que él me escribía estaban llenas de respeto y de piedad hacia aquella aparición lancólica, suspendida entre la muerte y la vida, sostenida según él me decía, por el inefable amor que tenía hacia mí. No cesaba de hablarme de como de un don celestial que Dios se había digno hacer á mis ojos y á mi corazón, y que me elevaba sobre la humanidad en tanto que permaneciese abierto con su divina irradiación. Convencido del carácter sobrenatural y sagrado de nuestras relaciones, V\*\*\* consideraba nuestro amor como una

no se avergonzaba de ser el confidente y el inter- diario entre nosotros, Julia, por su parte, me hablaba de V\*\*\* como del único amigo digno de mí quien ella hubiera querido acrecentar mi amis- en lugar de debilitarla con un corazón celoso. y otra me instaban para ir á París cuanto antes. solamente conocía los secretos y la imposibili- material que me habían detenido hasta enton- A pesar de todo el afecto que me profesaba y de tantas pruebas me ha dado hasta su muerte en azares de mi vida, no le era dado el poder allanar los obstáculos. Su madre había agotado todos sus recursos para proporcionarle una educación digna su rango, y para hacerle viajar por toda la Euro- El mismo había tenido que contraer deudas con- tables. No podía pues ofrecerme en París sino parte de la habitación que le pagaba su familia. lo demás, él estaba en aquella época de su vida exhausto de recursos y tan sujeto como yo á esa necesidad tan cruelmente definida por Hora- res *augusta domi*.

## LXXXII

Yo salí de Milly en uno de esos pequeños carruajes de un solo caballo, montado sobre el eje. Este caballo se remudaba cada cuatro ó cinco días de pueblecillo en pueblecillo. Estos carruajes se usaban entonces para conducir de Lyon á París á los soldados del Borbonés y de la Auvernia, y á los soldados estropeados por las marchas, que eran llevados por una cantidad insignificante. Yo experimenté sufrimiento de ninguna especie durante mi gñenza alguna en aquel mezquino modo de viajar. Hubiera andado el camino con los pies desnudos sobre la nieve, y no por eso me hubiera encontrado menos orgulloso ni menos feliz. De esta manera gasté uno ó dos luises solamente, con los que compré dos días de felicidad. Llegué á las afueras de París sin haber sentido uno solo de los sufrimientos del carruaje sobre las desigualdades del camino. La noche estaba sombría, y caían torrencialmente de agua. Cogí mi maleta, la coloqué sobre mis hombros, y de este modo fui á llamar á las puertas de la modesta habitación del conde de V\*\*\*.

Este me esperaba. Me abrazó, me habló cariñosamente. Yo no me cansaba de preguntarle y oírle. En aquella misma noche había de ver á Julia!... V\*\*\* deseaba anunciarme mi llegada y anticiparle esta alegría.

Cuando todos hubieran salido de la habitación, Julia, V\*\*\*, que saldría el último, había de ir á buscarme al café, donde yo le esperaría, y en el momento que estuviese sola, me iría á arrojar sobre sus pies. Sólo después de haber quedado acordado todo esto fué cuando pensé en secar mis vestidos sobre la lumbre de la chimenea, en tomar algún alfiler y en instalarme en la sombría alcoba de la alcoba. Estaba ésta alumbrada por una claraboya y calentada por una estufa. Me vestí con el esmero necesario

para no avergonzarme á la que amaba, delante de sus amigos.

A las once salimos V\*\*\* y yo á pie. Llegamos juntos hasta debajo de la ventana que ya conocía de antemano. Aun había tres carruajes á la puerta; V\*\*\* me dejó, y yo fui á esperarle en el sitio convenido. ¡Qué larga se me hizo la hora que tuve que esperar! ¡Cuántas veces maldije las visitas, indiferentes y ociosas, cuya importunidad involuntaria para entretejer algunas horas ociosas detenía sin saberlo el destino de dos corazones que contaban su martirio en sus latidos! Por fin V\*\*\* pareció. Yo salí á recibirle; me dejó á la puerta, y subí.

## LXXXIII

Aunque viviera mil años, jamás podría olvidar el momento y esta entrevista. Estaba Julia de pie, apoyada el codo negligentemente apoyado sobre el blanco mantel de la chimenea; su talle esbelto; sus hombros y su perfil, reflejados y duplicados por el espejo. La cara vuelta hacia la puerta, los ojos fijos en el estrecho y obscuro corredor que daba entrada al salón, la cabeza un poco inclinada de aquel lado, y la actitud de una persona que cree percibir un paso de pasos que se aproximan. Vestía un traje sencillo de seda, guarnecido de negros encajes al cuello, en la cintura y en la falda. Estos encajes, sostenidos por los almohadones del sillón, en que la apoyaba la indiferencia y la languidez de su vida, parecían á esos negros racimos del sauco desgranados por el viento del otoño.

La obscuridad de aquel traje no dejaba en luz sino los hombros, el cuello y el rostro. Este luto del vestido se hallaba completado por el luto natural de sus cabellos anudados sobre su cabeza. La uniformidad de este color hacía aún resaltar más la blancura y la graciosa flexibilidad de su talle. ¡El resplandor del fuego de la chimenea sobre el espejo, la

luz de una lámpara colocada en uno de los ángulos de la piedra que la cubría, y que iluminaba sus mejillas, la animación del deseo, de la impaciencia del amor, esparcían sobre su rostro un esplendor de juventud, de colocación y vida, que parecía realmente una transfiguración efectuada por el amor.

## LXXXIV

Mi primer grito fué de alegría, y un estremecimiento de felicidad al volverla á ver más hermosa, más bella y más inmortal á mis ojos que la que yo habido contemplar bajo el sol apacible de Sicilia. Un sentimiento de engañosa seguridad, de falsa posesión, se apoderó de mi alma y de mis ojos, y yo probé á articular algunas palabras al verme, pero me fué imposible. La emoción hizo estremecerme los labios. Caí de rodillas, y apoyé mi boca sobre la sombra que hollaban sus pies; enseguida alzé mi cabeza para mirarla otra vez, y para asegurarme que su presencia no era un sueño. Ella colocó sus manos sobre mis cabellos, que se estremecieron, y sosteniéndose con la otra en el mármol de la chimenea, cayó del mismo modo de rodillas delante de mí. Nos mirábamos, buscábamos palabras, pero no las había para el exceso de nuestra felicidad. Permanecimos así en silencio, sin otro lenguaje que el del silencio mismo, y el de aquella actitud que uno delante del otro. Actitud llena de adoración, mi, llena de felicidad en sí misma; actitud que decía: «Ellos se adoran, pero entre ellos está el fantasma de la muerte.»

## LXXXV

Ignoro los minutos que permanecimos en aquella postura, ni cuantos miles de preguntas y de respuestas

de torrentes de lágrimas y de miradas de alegría pasaron de este modo, sin enunciarse entre sus labios y mis labios cerrados, entre sus húmedos ojos y los míos, entre su fisonomía y la mía. La felicidad nos había herido de inmovilidad! ¡El tiempo no era tiempo, era la eternidad en un instante!

En aquel momento se oyó llamar en la puerta de la calle y pasos en la escalera. Me levanté; ella volvió á ocupar su lugar en el sillón, y yo me senté al otro lado y en la sombra, para ocultar el carmín de mis mejillas y el rocío de mis lágrimas. Un hombre de avanzada edad, de elevada estatura, de aspecto noble y dulce, entró en la habitación á pasos lentos. Se acercó á Julia sin hablar, y besó paternalmente su mano trémula. Este era M. de Bonald. A pesar de la dolorosa sensación que la llegada de un desconocido acababa de hacerme experimentar, bendije interiormente á M. de Bonald por haber venido á interrumpir una primera entrevista, en que la razón hubiera sucumbido bajo el peso de la felicidad.

Fuó este uno de esos momentos en que el alma necesita del hielo que el acento de un sabio arroja sobre el incendio de los sentidos, para volver á contemplar el resorte de una enérgica resolución.

## LXXXVI

Julia me presentó á M. de Bonald, diciéndole que era el joven cuyos versos había leído. Admiróse él de mi juventud, y me acogió con indulgencia. Conversó con Julia, con aquel abandono paternal de un hombre ilustre por el genio y tranquilo por la edad, que busca al lado de una joven un rayo de belleza para sus ojos en las tranquilas horas de la noche. Su voz era profunda, como la voz que sale del alma; su conversación se presentaba al modo con aquella graciosa y grave sencillez de un espíritu que se dilata para descansar. El acento de

aquel hombre honrado se veía impreso en sus brazos, como el carácter se presentaba sobre su frente. Prolongándose aquella conversación, y siempre muy cerca de las doce, creí deber retirarme a mi cuarto, para evitar la sospecha de una familiaridad demasiado íntima á aquel amigo más antiguo y respetable que yo en la casa. No llevé conmigo sino una mirada y un silencio por precio de aquella deseada entrevista, y de un viaje tan incómodo. La imagen me acompañaba, y la seguridad de verla todos los días: esto bastaba; era demasiado para mí. Anduve errante largo tiempo por las calles de París, deseando respirar un aire que refrescaba mi corazón para templar la fiebre de felicidad que me agobiaba. Cuando entré en mi habitación, V\*\*\* dormía ya mucho tiempo, lo que yo no pude conseguir hasta la entrada del día, y cuando ya se oían los ruidos de los revendedores en las calles de París.

## LXXXVII

De aquí datan los más felices días de mi vida, porque no fueron más que un solo pensamiento que cogido dentro de mi alma, y esparcido en mi habitación, como un perfume, del que se temía que evaporar la menor partícula, exponiendo a la que le contiene al aire exterior.

Me levanté al despuntar los primeros rayos del día, bien tardíos en la sombría alcoba de la palacio, antesala, donde mi amigo me daba albergue. Me acordaba á un mendigo del amor. Di principio á mis quejas por una larga carta, dirigida á Julia. Después de haber con la cabeza más tranquila, volvía á tomar el fruto de la entrevista de la víspera, y desenvolvía los pensamientos que se habían presentado á mi imaginación desde la salida de haberla dejado. ¡Olvidos de los dulces remordimientos del amor, que el tiempo me echa en cara, y que le quitan el reposo hasta que los ha reparado: diamantes desprendidos

de los labios del objeto amado, que hacen proceder el pensamiento del amante para recoger y aumentar el tesoro de sus sentimientos! Julia escribía esta carta al despeptarse con una continuación de la entrevista de la noche prolongada en voz baja en su habitación durante su sueño. Yo recibí la respuesta antes del mediodía.

## LXXXVIII

Tranquilizado así mi corazón de la agitación de la noche anterior, me esforcé en calmar la impaciencia de la entrevista de aquel día, que ya empezaba á apoderarse de mí. Procuré distraer, no el alma, sino el pensamiento y los ojos. Me había impuesto el trabajo voluntario de muchas horas de lectura y estudio para hacer desaparecer el tiempo que me mediaba entre el momento en que dejaba á Julia y el momento en que debía volverla á ver. Quería perfeccionarme, no para los demás, sino para ella; quería que el objeto de su amor no la despreciase al menos de su preferencia; que los hombres eminentes que formaban su sociedad y que algunas veces me encontraran en su reunión como una modesta esfinge, de pie y al lado de su columna, ó como una estatua de la contemplación, descubriesen si por casualidad me dirigian la palabra, un alma, una inteligencia, una esperanza, un porvenir, bajo el exterior del joven desconocido tímido y silencioso. Además, estaba yo poseído de esperanzas confusas de brillante actividad, de venturoso porvenir, que me habían de arrebatarse como el torbellino arrancaba la hoja seca del árbol del humilde jardín de mi padre para remontanarse en los aires: destino de que Julia gozaría al fin de lejos luchar contra la fortuna, combatir contra los hombres, engrandecerme en poder, en gloria, en virtud y se glorificaría en silencio de haberme adivinado antes que el mundo. ¡Vanos sueños!

## LXXXIX

Todo esto, y la inacción á que me condenaba el influjo en un solo pensamiento, el cansancio de lo demás, la falta de dinero que me impedía otras distracciones, y la reclusión claustro que estaba encerrado, me condenaban á una vida de estudio, el más profundo y el más apasionado que había tenido hasta entonces. Pasaba el día sentado delante de una pequeña mesa de madera iluminada por una ventana que se abría al patio de la fonda de Richelieu. Una estufa de hierro templaba mi habitación, y un biombo encerraba mi mesa y mi silla. Este me ocultaba á las miradas de los jóvenes del gran mundo, que venían con alguna frecuencia á visitar á mi amigo. Había en el horizonte de aquel inmenso patio, ruidos y rruajes alternado de silencio, y algunos ruidos del invierno luchando contra la niebla que cubría las calles de París. Estos ruidos y estos silencios me recordaban los juegos de luz, los mugidos del viento, y las brumas transparentes de mis montañas.

## XC

Algunas veces veía jugar en aquel patio á un pequeño niño de ocho á diez años; este era el hijo del portero. Su cabeza de Angel, sus hermosos cabellos rizados sobre la frente, su inteligente y sensible mirada, dibujaban los cándidos contornos de los ojos de mi país. Con efecto, su familia pertenecía á un pueblo cercano del de mi padre, familia que habiendo caído en la miseria se trasladó á París. Este niño había concluído por unirse á mi amigo, y siempre detrás de los cristales de mi ventana miraba la habitación de su madre. Habíase con-

quería y gratuitamente á mi servicio; desempeñaba todos mis encargos; me traía el pan, un poco de queso y alguna fruta para almorzar; todas las mañanas salía á buscar mis provisiones. Yo tomaba aquella frugal comida sobre mi mesa de estudio, en medio de libros abiertos y de cartas interrumpidas. Tenía el niño un perro negro, olvidado por un momento en la fonda. El perro y el niño jamás se separaban uno de otro. El perro había concluído por aficionarse á mí lo mismo que el niño. Ni uno ni otro querían bajar mi pequeña escalera, una vez que ya lo habían subido. Durante la mayor parte del día jugaban juntos sobre el jergón de mi cama, á veces sobre los pies, y bajo la mesa. Más tarde me llevé el perro á París, y le conservé conmigo muchos años como un recuerdo fiel de aquel tiempo de soledad. Le llevé en 1820, no sin derramar lágrimas al atravesar las selvas pantanosas de las lagunas pontinas entre Roma y Terracina. El niño es hoy hombre; ha tomado el oficio de grabador que ejerce con éxito en su taller. Habiendo oído después pronunciar mi nombre en su taller, ha venido á verme llorando de alegría con mi vista, y de tristeza al saber la pérdida de su perro. ¡Pobre corazón del hombre, que necesita de todo cuanto ha llegado á amar una vez, y que tiene las mismas lágrimas para la muerte de un animal que para la de un animal...

## XCI

durante aquellas interminables horas encerrado en la estufa, el biombo, la ventana, el niño y el perro, tuve los momentos para leer todos los escritos de mi infancia, excepto los poemas, con cuya lectura nos llamamos saturado en el colegio, y en cuyos versos nuestros ojos fatigados no podían distinguir entonces sino censuras, sílabas breves y sílabas largas. Este efecto de una sociedad precoz, que deshoja el alma del niño la flor más pura y más delicada

del pensamiento humano. Leí todos los filósofos más que los oradores y todos los historiadores en su respectiva lengua. Mi adoración se fijó sobre aquellos que unían los tres poderes de la inteligencia; la narración, la palabra y la reflexión; el hecho, el discurso, la moralidad. Tucídides y Cicerón cito sobre todos los demás. Después Machiavelli, ese sublime práctico de las enfermedades de los siglos, después á Cicerón, ese vaso sonoro que contiene todo, desde las lágrimas privadas del pobre, del marido, del padre, del amigo, hasta las gicas catástrofes de su propio destino. Cicerón como el filtro en que todas esas aguas se limpian y clarifican sobre un fondo de filotofía y de tranquilidad, y que deja después derramar su immortal en olas de elocuencia, de sabiduría y de armonía. Hasta entonces le habia juzgado como un grande y frívolo decidor, como un equivocado. Este es el hombre elocuente después Platón; su estilo es el grande estilo de todas las lenguas. Su alma se descubre con trabajo al través de tan ricas vestiduras. Pero quitadle esa púrpura y quedará un alma que ha sentido, que ha comprendido, y que ha dicho cuanto se podía comprender, sentir y decir.

## XCII

En cuanto á Tácito, ni aún procuré entrar en discusión con mi pasión por él. Lo prefería á Tucídides, á ese Demóstenes de la historia. Tucídides dice más aún de lo que hace vivir y palpitar el corazón humano. Su narración es la represalia de los hechos en el corazón del hombre libre, sensible y virtuoso. El estremecimiento que produce al frente del que se lee, no es sólo la horripilación del cuerpo; es el estremecimiento del alma. Su sensibilidad

es más que la sensibilidad de la emoción; es la piedad. Sus juicios son más que de venganza; son juicios de justicia. Su indignación es más que cólera; es virtud. Su alma se confunde con la de Tácito, y muestra orgulloso de su afinidad con él. ¿Que- réis hacer el crimen imposible á vuestros hijos? ¿Queréis apasionar su imaginación por la virtud?... Alimentad su alma con la lectura de Tácito. Si queréis hacer héroes en esta escuela, es porque la naturaleza ha hecho de ellos bandidos. Un pueblo que se levanta á Tácito por evangelio político, se elevará sobre la altura de los pueblos. Este pueblo representa ante Dios el drama trágico del género humano en toda su grandeza y majestad. Yo debo á este escritor, no todas las fibras de la carne, sino todas las fibras de mi sér. El las ha dado el temple. Si alguna vez nuestros vulgares tiempos presentasen el aspecto grandioso y trágico del suyo, y llegase yo á una digna causa, exclamaría al morir:—«¡No queréis el honor de mi vida y de mi muerte al discipulo; Tácito es quien ha vivido y ha muerto al través de mí!»

## XCIII

También tenía una pasión decidida por los oradores. Los estudiaba con el presentimiento de un hombre que tendría que hablar un día á las turbas sorprendidas, y que debía estudiar anticipadamente la escala de los auditorios humanos. Demóstenes, Cicerón, Mirabeau, lord Chatham sobre todo, más moderno que ninguno, con más aliciente á mis ojos que todos los demás, porque su elocuencia, enteramente inspirada, enteramente lírica, es un grito más bien que una voz. Su elocuencia se lanza más allá del reducido auditorio, y más allá de la pasión del tiempo, sobre las encumbradas alas de la poesía hasta las regiones inmutables de la eterna verdad y del eterno sentimiento. Chatham toma la verdad de manos de

Dios, y hace, no sólo la luz, sino el rayo de la cuspición. Desgraciadamente no queda de él, lo mismo que de Phidias en el Partenón, sino los escombros de cabezas, brazos, troncos mutilados. Pero reunidos en el pensamiento estos restos, se forman prodigios y divinidades de elocuencia. Se presentaban en la imaginación tiempos, circunstancias, pasiones, acciones, *forums* semejantes á los que habían existido á aquellos grandes hombres; y como Demócrito á las olas del mar, hablaba yo interiormente á los fantasmas de mi imaginación.

## XCIV

Por la primera vez de mi vida leí en aquella época los discursos de Fox y de Pitt. Hallé en Fox un clamador, aunque prosáico, uno de esos genios de los parlamentarios nacidos para contradecir, y no para defender, abogados sin toga, que no tienen conciencia sino en la voz, y que pleitean ante todo por su popularidad. Vi en Pitt al hombre de estado cuyas palabras eran hechos, y que en el hundimiento de la Europa se apoyó casi solo á su país sobre el cimiento de su sentido, y sobre la fortaleza de su carácter. Pitt y Mirabeau, con más buena fe, y con menos fatiga. Mirabeau y Pitt han sido posteriormente mis héroes. Montesquieu me pareció á su lado un disertador erudito, ingenioso y sistemático; Fenelón demasiado pero quimérico; Rousseau más apasionado que filósofo; no de inspiración; instinto eminente más que de verdad; Bossuet lengua de oro, alma adulatoria. En el XIV el despotismo de un doctor y la flexibilidad de un cortesano.

## XCV

De los estudios históricos y oratorios, pasé naturalmente á la política. El sentimiento del yugo, apesadumbrado del imperio, y el horror al régimen actual porque acabábamos de pasar, me conducía á la libertad. Los recuerdos de familia, la influencia de las relaciones amistosas, lo patético de la situación de esa familia real pasando del trono al exilio y al destierro, y vuelta del destierro al trono; la princesa huérfana en el palacio de sus padres; los ancianos coronados con su infortunio, así como los jóvenes de sus antepasados; esos príncipes, cuya juventud desgraciada, severos maestros, permitían esperarlos, esta reunión de circunstancias me hacía desear que el trono antiguo y la libertad reciente se conciliaran con la monarquía de nuestros padres. El gobierno hubiera reunido de este modo los grandes prestigios humanos; la antigüedad y la modernidad; el recuerdo y la esperanza. Esto era un encanto encantador muy natural en mi edad. Cada mañana se disipaba una parte de él en mi espíritu. Comprendía con dolor que las antiguas monarquías contenían mal las nuevas ideas, y que nunca la monarquía y la libertad se verían reunidas en el mundo sin un constante combate que agotara las fuerzas del estado; que la monarquía sería necesariamente sospechosa, y la libertad perpetuamente perseguida. Yo divisaba en lontananza á la república, como única forma de gobierno en una sociedad perfeccionada.

## XCVI

De estos estudios generales pasé y me entregué al estudio de un espacio de muchos meses á otro, que me ocupó más el espíritu, cuanto que por naturaleza es más árido, más glacial, más extraño al corazón de

un joven ébrio de imaginación y de amor. Había estudiado la economía política, ciencia de la riqueza de las naciones. V\*\*\* se ocupa de ella con mas curiosidad que pasión. Los libros italianos, ingleses, franceses escritos hasta entonces sobre esta ciencia, cubrían sus mesas y sus estantes. Leímos juntos estos libros discutiendo sobre ellos, y escribiendo las reflexiones que nos sugería su lectura. Esta ciencia de la economía política que sentaba entonces, y que sienta ahora, más axiomas que verdades, y más problemas que resuelve, tenía precisamente para nosotros un atractivo del misterio. Era además para nosotros un interminable texto de esas conversaciones sobre las que los labios que hacen trabajar á la inteligencia ocupan el fondo del alma, que permiten sentir la presencia del pensamiento secreto y el nuevo oculto en lo más recóndito del corazón. Era una especie de enigmas cuya solución se encuentra en el momento de tomarse un gran interés en acertar con la palabra.

Después de haber leído, de haber discutido y de haber tratado todo cuanto formaba entonces esta ciencia, me distinguí algunos principios teóricos, verdades que sentaba su esencia, dudosos en su aplicación, ambiciosos en su pretensión, de clasificarse en la escala de las ciencias, des absolutas, vacías ó falsas muchas veces por una fórmula. Nada tenía yo que oponer á ellas, pero un instinto de evidencia no se halla sinceramente en el hecho. Arrojé los libros á mis pies, y esperé que se formulara. Esta ciencia no estaba aún formulada. Ciencia que es esencialmente experimental, no tenía bastantes años de madurez para decir tanto. Después ha crecido, y me metiendo á los hombres de estado algunos datos que aplicar prudentemente á las sociedades de las naciones, algunas manas, algunos recursos para el bienestar, y algunos lazos más de fraternidad que estrechar en las naciones.

## XCVII

Alternaba yo estos difíciles estudios con otros que me había llamado siempre la atención desde

la infancia; el de la diplomacia, ó sea el de las mútuas relaciones de los gobiernos. Una casualidad me presentó en los manantiales de este estudio. Durante mi aplicación á la economía política; había escrito un folleto de un centenar de páginas sobre una cuestión que ocupaba entonces todos los ánimos. El título de este folleto era: *¿Qué lugar puede ocupar la nobleza en Francia bajo un gobierno constitucional?* Yo traté esta cuestión delicadísima en aquel momento con el instinto del buen sentido que había recibido de la naturaleza, y con la imparcialidad de una alma independiente, que se eleva sin trabajo sobre las encumbradas vanidades, sobre las envidias rasas y sobre las preocupaciones de la época. Había en él del pueblo con amor, con inteligencia y con respeto las instituciones, y con respeto de esa nobleza histórica cuyos nombres han sido largo tiempo el orgullo de la misma Francia, sobre los campos de batalla, en nuestras magistraturas y en el extranjero. Hablando de la supresión de privilegios, los quitaba á todos, excepto el de la memoria de los pueblos, que nunca se puede suprimir. Reclamaba unos privilegios selectivos, y demostraba que en un país libre no había otra nobleza que la que se conseguiría por elecciones, un perpetuo estímulo para el servicio del país, y una compensación temporal del mérito ó de la virtud de los ciudadanos.

## XCVIII

Este folleto, á quien había prestado este manuscrito para interesarla en la mitad de mis trabajos como en mi vida, lo había dado á leer á un hombre digno de su reunión, de cuya opinión tenía el mayor concepto. Era este M. M\*\*\*, digno hijo del gran hombre que fué mi miembro de la asamblea constituyente, que había sido por mucho tiempo secretario particular del emperador, y entonces realista constitucional: un hombre de esos talentos que nacen en toda su madurez,